

Es un festin de hermosura
 Ese mirar y ese cuello,
 Y esas ondas de cabello
 Contraste de tu blancura.
 El mirarlo da ventura ;
 Por eso no es cosa rara,
 Clara,
 Aunque no lo quieras creer,
 Que mirándote la cara,
 Mucho más la quiero ver.

Voy á partir, y te dejo,
 No mis recuerdos de amores,
 Sí de mi patria unas flores
 Para adorno de tu espejo.
 Porque, por más que estoy viejo,
 Es una cosa muy rara,
 Clara :
 Aunque no lo quieras creer,
 Siento haber visto tu cara,
 Porque no la vuelvo á ver.

Alta California, Marzo 29 de 1877.

GUILLERMO PRIETO.

XXV

Colegio de Corredores.—Ojeada retrospectiva.—Las costas
 del Pacífico.

“AUNQUE vdes. lo pidan con memorial; aunque me cueste un ojo de la cara desarrugar el ceño de vdes., ni por una de estas nueve cosas pongo números en mis viajes. Será interesante, será lo que se quiera. ¿Tienen por ahí sus mercedes algo de crónica escandalosa? ¿un cuento de hadas? ¿un romance de amor? cualquiera de esos cachivaches me conviene más que las bolsas y los *Stokes*, y todo ese arsenal de guarismos que barrunto traen vdes. entre pecho y espalda.”

Tal y tan enérgico lenguaje emplee con unos amigos que vinieron nada ménos que á seducirme para que llenase algunas páginas con estados de importacion y exportacion, y cálculos sobre la melaza y el café, la lana y los cueros de res.

—¿Están vdes. locos? proseguía yo casi colérico: ¿no ven que para charla eso es muy soporífero, y para estudio muy superficial y diminuto? Señores, no puedo complacer á vdes.

—Le faltará á vd., me dijo un sonorese, tirante como un riel de fierro y exacto como un acreedor avaro, uno de los rasgos fisonómicos de esta sociedad. ¿Vd. no ha visto siquiera nuestro *Colegio de Corredores*?

—No, señor, ni el cementerio, contesté: el primero, porque en mi vida, pienso que me *corrán* más que de la casa que no pague; y el segundo, porque un viejo en un cementerio parece que va á buscar hospedaje, y yo no deseo quedarme por aquí.

—No, dijo un alemán que se desentelaraña los labios para soltar un monosílabo, hay cosas de números muy divertidas.

—Ya lo creo: vd. tiene cara de tenderse de risa con un arancel, y acudir á una tabla de logaritmos para disipar su mal humor.

—Déjese vd. de bromas, me dijo un amigo corredor que siempre está en movimiento: cuando no canta, silba; y cuando no trastorna los útiles todos del escritorio, es porque alborota al perico, hace desesperar al perro, ó lucha por dar rapé al gato.

—¿Vd. ve ese gentío, dijo mi amigo *Seis por ciento*, que inunda mañana y tarde las calles de California y contiguas? Pues lo produce exclusivamente el Colegio de Corredores.

—Los corredores, añadió D. Pedro Decimal, forman una corporación muy respetable: el oficio se compra á elevados precios, cuando hay vacante en el número, que es limitado.

Yo conozco corredor á quien ha costado su oficio veinte mil pesos.

Las sesiones de la cámara de corredores se verifican en un gran local en la calle de California, muy semejante en estructura y tamaño, á la antigua cámara de diputados de México.

Dos horas por la mañana y dos por la tarde acuden á ese local los corredores, para el remate de los *Stokes* ó acciones de minas.

Ocupan los corredores, á guisa de los diputados de por estas tierras, el salón, cada uno en su asiento y con su mesita al frente, dejando una calle central para tránsito, que comunica con la gran mesa que se halla á la cabecera del salón, donde fungen el presidente y cuatro secretarios, que tienen altísimas dotaciones: no se usa campana; se sirven de un enorme martillo que golpea el presidente sobre una piedra, cada vez que lo requieren las circunstancias: diga vd. ahora á *Fidel* el modo de proceder en las sesiones, dijo D. Pedro á *Seis por ciento*.

—El procedimiento es muy sencillo: uno de los secretarios anuncia, por ejemplo, que se trata de rematar acciones de la mina *Alfa*, que las personas que tengan acciones avisen á los secretarios.

A esta voz, se levanta espantoso tumulto: todos los que tienen acciones brincan de sus asientos y se precipitan, agitando sus papeles, al camino central, empujándose, escurriéndose, alzándose sobre los hombros del que estorba; en una palabra, como una manada de potros brutos.

En instantes, inscriben los secretarios acciones y propuestas y se impone silencio. Establecido el silencio, los secre-

tarios proclaman los remates hechos y su término medio, para dar á la operacion la debida publicidad, porque es de advertir que estas sesiones son privadas del colegio; el público no tiene derecho á asistir á ellas, pero sí los extranjeros que, como se sabe, tienen acceso á todas partes, en medio de particulares consideraciones.

Como es de suponerse entre yankees, y tratándose de cuestiones de dinero, no son raras las disputas en el Colegio de Corredores. Cuando esas disputas se enardecen, el presidente manda á uno de sus secretarios que haga una informacion sumarísima y verbal; se improvisa una especie de jurado y se multa al culpable. Este queda renegando y dice pestes; pero entónces son las palmadas, las risas, los desahogos del buen humor, que hacen que por fin el mismo multado siga la gresca.

Si el alboroto tiene visos de seriedad, entónces, á un solo golpe del formidable martillo, se restablece la calma y siguen en orden los negocios: para que se forme idea de las operaciones de comercio, aquí traigo la lista de las que se verificaron ayer.

Sacó, en efecto, mi amigo una tirita de papel impreso de su bolsillo, y me dijo: "Vea vd.: sesion de la mañana. Se jugaron *Stokes* de 57 minas: ya vd. ve los nombres: Alfa, Belcher, Chollar, Crown, Juha, Bryant, Nevada, Imperial, etc.... estos guarismos indican el número de acciones: así al vuelo, serán sobre quince mil acciones.... en esta columna están los precios de Alfa: de 90 á 98 pesos, 300 acciones: 1,410 acciones Caledonia, de 35 á 40.... ¿calcula vd.?"

Hizo mi amigo varios números en su cartera, y resultaron más de 600,000 pesos de transacciones en las dos horas

de la mañana. Ha habido épocas de dos y tres millones al día.

—Aquí tiene vd. el movimiento de la tarde: son más de 100,000 pesos.

En 1874 el valor de las operaciones de minas fué de 260.471,915 pesos: ya vd. verá que aunque estos son números, tienen su poesía, al tratarse de la prosperidad de un pueblo, doscientos sesenta millones.

—Fíjese vd. además, me dijo otro amigo, en que esta es la simple base de los negocios: con esa suma se enlazan otras y otras combinaciones, y lo que aparece doscientos en el movimiento y circulacion, afecta muchos valiosos negocios en nacimiento y refaccion perpétua.

Además, en ese movimiento se cria el juego de los *Stokes*, que es peligrosísimo; exige prevision y destreza, y al que, por lo mismo, son afectísimos los americanos.

Por ejemplo: ¿conviene aparecer que se deprecian las acciones de una mina para comprar á bajo precio? se hacen ligas sumamente reservadas, aparecen las acciones ofrecidas por unos corredores, compradas por otros; de los tenedores inocentes de la intriga se apodera el terror, ofrecen sus acciones y tienen los depreciados ganancias locas: en esto se ha dado caso, no en San Francisco, ni en negocio de minas, que un comerciante se finja quebrado para comprar por trasmano sus mismos créditos con gran descuento, y reaparecer despues doblando su fortuna. Tal rasgo ha parecido de suma habilidad, sin lastimar la reputacion del *prestidigitador*.

Por el contrario, se hacen subir artificialmente los valores, parecen comprar acciones los confabulados, y este es un anzuelo para que otros compren y se estrellen, así como en un

juego de azar se ven aparecer y desaparecer fortunas; y esos tahures de nuevo género, ni se envanecen con la opulencia, ni se abaten con la adversidad.

La fiebre del *Stoke* acomete al artesano y al labrador, al padre de familia pacífico y al joven aturcido: el yankee sale de su vida habitual, persigue la quimera, se embriaga con sus conjeturas y sus cálculos, y cuenta como una página de las más interesantes de su existencia, esa alucinación de la que muchas veces despierta en la miseria, ó se duerme para siempre con el suicidio.

El corredor es el sabueso destrísimo en esta caza de fortunas: hay *Stokes* llamados *con margen*, que interesan al corredor, y entónces se amplían las operaciones, y es más complicado, y exige mayor destreza de los que entran en esas campañas.

—Nada de esto habia en los tiempos en que vine yo la primera vez aquí, dijo mi compañero sonoreño, fino, generoso, servicial, de ojos centellantes, abierto reír y tez morena, á quien por cariño llamábamos *El Negro*; nada de esto, y cuidado que eran los dias del oro. Entónces el albur embriagaba la gente y corria como agua la fortuna, deteniéndose ó escapándose del modo más caprichoso del mundo.

—Que traigan unas copas y le remojaremos al *Negro* la garganta para que nos cuente sus aventuras.

—Cerveza.

—Ajenjo.

—Un coptail.

—Señores, felicidades.

Tocaron las copas la obertura de la narración, y el *Negro* dijo así:

—Como es sabido, los primitivos pobladores de California fueron de Sonora, Sinaloa y Horcasitas, y aunque tibias y tardías las relaciones, el árbol ama su raíz, y siempre se mantenian amistades.

Cuando la fiebre del oro, en 1848, llevaron á nuestras tierras la noticia, aquellos hombres llenos de asombro y de riquezas, Juan, que era comerciante del tres al cuarto, Pedro el vaquero, Fulano el arriero, el mozo de mandados, el quídam que pedia limosna, llegaron ostentando grandes trenes; ricos relojes, armas hermosísimas, y contando maravillas: el oro, segun ellos, brotaba por todas partes, inundaba; habia lagos y montañas del precioso metal, y en los placeres, vino corriendo como en Jauja, muchachas deliciosas, y hombres compartiendo su riqueza con todo el género humano.

Yo tenia quince años, la sangre hervia en mis venas, y la expectativa de aventuras inauditas, de aquellas fabulosas fortunas, y el volver derramando onzas de oro, haciendo la dicha de cuantos me rodeaban, como el héroe de una leyenda de las "Mil y una noches," me enloqueció realmente.

Reuní hasta treinta mulas, me proveí de caballos y de mozos valientes y diestros ginetes, y se me unieron algunos amigos, con los cuales formé una de tantas caravanas que, con temerario arrojo, se lanzaron á atravesar aquellos espantosos desiertos.

Así salió en són de conquista nuestra caravana del Altar, entre las bendiciones de nuestros padres, las señales de envidia de nuestros amigos y las lágrimas de nuestras novias, con las que nos hacíamos los importantes, dándonos el aire de que íbamos á la conquista del *Vellocino de oro*.

Pasamos con felicidad al frente de los Papagos y Pimas,

terror de aquellos desiertos; dejamos á un lado los indios *areneños*, que son feroces y se mantienen de ratones, ratas y víboras, porque no hay idea de lugares más sombríos y más estériles, y llegamos al fin á la confluencia de los ríos Colorado y Gila, que formando, aunque imperfectamente, como los dos brazos de la parte superior de una Y griega, invade en todas direcciones nuestro territorio, despues de los tratados, siempre irreflexivos y funestos de Guadalupe y la Mesilla, conocido este segundo con el nombre de *Tratado de Gasden*. A esa confluencia llega hoy el ferrocarril, tocando el fuerte Yuma, situado en la union de aquellos ríos.

Despues de haber llegado al punto descrito, venciendo mil penalidades, nos internamos en otro desierto, más sombrío y más peligroso que el anterior.

Allí aumentó el espanto que llevábamos, el espectáculo de caravanas perdidas, de carros, herramientas y despojos de trenes regados por el suelo, y de esqueletos de animales, que parecían dar testimonio, en aquellas soledades, de la imposibilidad de la vida.

Rendidos de fatiga, agotadas las fuerzas de nuestros animales, temerosos de haber perdido el rumbo, y al entregarnos á la desesperacion, pernoctamos en una espantosa llanura en que el desamparo parecia tener su asiento, y la muerte su terrible dominio.

Los criados que vigilaban nuestras béstias, con los primeros albores del día descubrieron al Norte, y como asomando entre árboles y montones de tierra, unas casitas blancas. Era el pueblo de los Angeles, hoy de tanto renombre. Gritaron los criados, corrió la gente, estallamos en demostraciones de contento, y regocijados y risueños, partimos y lle-

gamos á la pequeña poblacion, que tendria habitualmente cuatro mil almas, pero que en aquellos momentos era como un vasto hotel en que se alojaban gentes de todas las naciones.

No habia ni rastros de autoridad, ni de órden, ni de nada.

Todas las accesorias eran fondas, juegos ó casas de baile; en medio de las calles, bajo toldos formados de estera y lienzos, habia tambien juegos, bailes y cantinas, y era aquello una bola tumultuosa en que se hablaban todas las lenguas, se ostentaban todas las costumbres y se proclamaba por el mismo demonio, que se tendia de risa, el triunfo de los siete pecados capitales.

Entre esta hervidora invasion, en la que se veia brotar el oro, como el agua entre las piedras de un torrente, aparecian los tipos característicos de la antigua poblacion, conservando nuestras antiguas tradiciones de colonia.

Los californios, altos, morenos, con sus grandes trenzas, muy bien formados; las mujeres macizas, corpulentas, de ojos divinos, de infinita gracia.

Vestian los hombres pantalon ajustado de punto, chaleco y chaqueton ó chupa de seda, y calzaban zapatos *morunos*.

Las señoras usaban túnicos escurridos, de alto talle y ruedo que daba sobre sus tabas, calzadas como las señoras de México á principios del siglo. Algunas llevaban peineton.

Las mujeres eran escasas, y solian algunos pagar, por el *honor* de visitarlas, diez onzas de oro.

Puede formarse idea de los Angeles de aquella época, quien conozca los pueblos de Atzacapotzalco, San Juanico,

Mixcoac y otros de los alrededores de México, ó algunas villas de tercer orden del interior.

Al Sur de la pequeña poblacion de los Angeles corre el rio de su nombre, y en sus vegas y llanuras se producen uvas, peras y duraznos, que enriquecen las huertas de lo que se llama el barrio de Sonora.

Hoy aquella es una ciudad americana, con treinta mil habitantes, su magnífico puerto de San Pedro, y por las orillas de la ciudad atraviesa el ferrocarril, que se liga con el del fuerte Yuma, que ya hemos dicho está en la confluencia de los rios Gila y Colorado.

Como potros sin rienda nos desatamos en los Angeles: todos eran amigos, nos llamaban de todas las casas, comiamos y bebiamos con todo el mundo, y nos brindaban dinero por todas partes.

Un ranchero á quien caí en gracia solo por su querer, me dijo que íbamos en *vaca* de los albures que estaba jugando, y al día siguiente, sin más ni más, me puso en posesion de veinte libras de oro que dizque habia yo ganado, sin saber por qué regla.

Mi fortuna fué tan loca, que por un caballo que compré en Sonora en cincuenta pesos, me dieron quinientos, y vendí á trescientos pesos cada una de las treinta mulas que saqué de mi tierra, y me costaron á cuarenta pesos.

Los placeres del oro estaban situados en la Sierra, que en todas sus crestas, cañadas y accidentes, se vió sembrada de habitaciones y tiendas que blanqueaban entre las rocas y al través de los gigantescos pinos, alisos, madroños y encinas, que bordan riachuelos y cascadas.

Aun no se entronizaba el crimen en aquellos lugares en

los primeros momentos; aun presentaban las campiñas algo parecido á la edad de oro; aun no se bañaba el metal, árbitro de la fortuna humana, con la sangre de los que en pos de la opulencia y la dicha, encontraron la persecucion y la muerte.

Me hizo partir de los Angeles un incidente que tiene sus puntas de sentimental, que parecerá á vdes. importuno referir aquí, y que, sin embargo, me impresionó muchísimo: ó más bien, dijo vacilando el *Negro*, lo pasaremos por alto....

—No, no, cuéntalo, dijimos todos á una voz.

—Habla todo lo que quieras.

Entre tanto el *Negro* echaba un buen trago, y dejando su copa sobre la mesa, continuó:

—Entre las gentes que reclamaban la piedad pública en aquella orgía estupenda, habia una jóven italiana de 17 á 18 años, cubierta de un *garzolé* blanco como la nieve, erguida, rubia, de ojos de cielo, y de dentadura que iluminaba las sonrisas que jugaban entre sus labios, como un manantial de luz.

Su traje denunciaba excesiva pobreza: era de lanilla rayada, deslavazado y con remiendos, pero muy limpio.

La niña tocaba el armónico, que obedecia dulcísimo á sus presiones hábiles, y así imploraba la caridad á la entrada de las fondas, de los juegos y de las casas de huéspedes.

No obstante el desorden que por todas partes reinaba, pocas ó ningunas veces era aquella niña molestada ni con una mirada.

Y era justo: se descubria tan pura inocencia al través de su mirada melancólica, denunciaba tan hondo dolor su actitud digna y llena de sencilla naturalidad, y tenia dulzura tan